



DÉCIMO SÉPTIMO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

**Día 15 de junio: renovar nuestro bautismo con
nuestra consagración personal al Corazón de
Jesús**

La vida cristiana comienza con el Bautismo. Gracias a él recibimos el don de ser Hijos de Dios, de dirigirnos a Dios, de ofrecerle nuestra vida. Por el bautismo participamos de la misma vida de Jesucristo.

Consagrarse, en el fondo, es romper la separación que divide lo divino de lo profano, para ser introducido en el ámbito de Dios, a quien se le dedica la vida. Las palabras con las que Cristo instituye el bautismo para todos los hombres tienen mucho que ver con esto. Recordemos que bautizar, en griego, significa, *sumergir*. Por lo tanto, podríamos traducir sus mismas palabras así: *id y haced*



discípulos a todos los pueblos, sumergiéndolos hacia el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19). Ser bautizado, por lo tanto, es esto: ser introducido y empapado en el misterio del amor de Dios, de las tres divinas personas.

Esto, podríamos decir que es el aspecto objetivo de la consagración del cristiano. Por el bautismo tenemos este acceso a Dios. No obstante, hace falta que cada uno de nosotros quiera vivir esta consagración, puesto que podemos vivir al margen de esta familia a la que pertenecemos. Aquí es donde viene el papel de la consagración al Corazón de Jesús. Contemplar su amor infinito, descubrirlo y ponerlo en el centro de nuestra vida, tiene aquel efecto que dijo el Señor en el evangelio: *cuando sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí (Jn 12,20).*

Nada mueve más a amar que sentirse amado. Consagrarse al Corazón de Jesús es un compromiso de vivir cerca del amor con el que Cristo me ama ahora, de buscar conocer cada vez más el amor con el que se entregó dando la vida por nosotros, para experimentar ese efecto saludable de sentirnos



movidos a entregarle nuestra propia vida. Antes que un compromiso frío, hecho por fuerza de voluntad, es experimentar cómo el amor de Cristo está llamado a modelar y transformar nuestro propio corazón, haciendo suave y dulce nuestra entrega.

Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; sea lo que sea, te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal de que tu voluntad se cumpla en mí, y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre.

Te confío mi alma. Te la doy con todo el amor del que soy capaz, porque te amo, y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque tú eres mi Padre.

Amén.